

Pensamiento y práctica de la arqueología en Córdoba*

Andrés Laguens
Mirta Bonnin

Andrés Laguens y Mirta Bonnin
son investigadores del Centro de
Investigaciones de la Facultad de
Filosofía y Humanidades, UNC.

Analizar el desarrollo de la arqueología, tal como el de cualquier otra disciplina científica, puede ser un caso interesante para percibir lo provisorio del conocimiento científico y la reinterpretación de la información en función de las visiones dominantes. Aquí en particular nos interesa relatar sucintamente el desarrollo histórico de las investigaciones arqueológicas en Córdoba y los resultados obtenidos que se han ido acumulando, tratando de entenderlos dentro de los marcos propios donde fueron generados.

Las investigaciones arqueológicas en la Provincia de Córdoba se inician en el siglo XIX dentro de un marco teórico que no es ajeno a los problemas que la ciencias se planteaban a nivel mundial. El tema principal es el origen y la antigüedad del hombre. En este caso particular, tanto el origen del hombre americano, así como el origen americano del hombre. En ambos casos, se fundamenta la investigación en un marco evolucionista unilineal de corte netamente darwinista: la evolución de las especies en una línea de cambios acumulados progresivos desde las formas más sencillas a las más complejas.

Se trata de un enfoque donde el modelo de ciencia es el de las ciencias naturales, que a su vez se inspira en el positivismo de la física. La arqueología, como parte de las ciencias naturales (e inclusive en el ámbito propio de ellas, como es la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, el Museo de Paleontología o la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales) busca la "historia natural" del hombre en estas tierras. Si bien ello implica problemas teóricos, prácticos y metodológicos de orden universal, también comienza a manifestarse una búsqueda de identidad que basándose en la distinción ante el otro,

* Este trabajo reproduce una conferencia presentada en el Colegio Manuel Belgrano de la Universidad Nacional de Córdoba en 1997.

ante el ser "natural" americano distinto del sujeto investigador, realiza un doble juego de afirmación de identidad: por un lado, reafirma una identidad de ciencia nacional, cuyo objeto de estudio pertenece a un territorio nacional que incluye la flora, la geología, los parques naturales y los indios, y por el otro, reafirma una identidad internacional de ciencia, que escribe en francés, participa en ferias y congresos mundiales y que no se distingue de otras ciencias nacionales más que por su objeto de estudio.

En este marco surgen aportes muy importantes al conocimiento del pasado humano local. Los trabajos de Florentino Ameghino durante su estadía en Córdoba son el mejor ejemplo de ello (Ameghino 1885, 1889, 1918). Le siguen dentro de esa línea más tarde las investigaciones realizadas por Alfredo Castellanos (Castellanos 1922, 1933, 1943) en este siglo en el período entre guerras, y los trabajos dentro de esta temática del Ing. Aníbal Montes (Montes 1954, 1955, 1957). La síntesis que podemos hacer hoy es que:

- a) no hay un origen americano del hombre (menos aún local);
- b) existieron poblaciones antiguas que poblaron este territorio antes de las culturas agrícolas conocidas;
- c) hay cierta probabilidad de que estos primeros grupos hayan coexistido con fauna hoy extinguida (lo cual requiere aun más investigación).

Estas investigaciones, si bien no puede decirse que tengan un carácter ecológico, muestran una lógica preocupación por el entorno del hombre y en tratar de reconstruir el paisaje original en que desarrolló su existencia. En esta misma línea, el problema cronológico es de fundamental importancia. Es decir, los dos ejes claves en estas aproximaciones pasan a ser el contexto natural y el temporal, donde tiempo y naturaleza son los principales factores de cambio.

Pero la felicidad dura poco... y el estar inmersos en un sistema mundial de información científica no nos inmuniza de los cambios y sacudones. La globalización en ciencia apareció mucho antes de lo pensado. La reacción en los ambientes académicos al evolucionismo unilineal no tardó en llegar.

El objeto de estudio ya no es la humanidad y su cambio natural, el tema pasa a ser ahora la cultura: esa totalidad compleja que incluye arte, utensilios, creencias ... y demás elementos que hacen del hombre miembro de la sociedad. Y no hay mejor herramienta que la arqueología para describir y clasificar la gran variedad de culturas que existieron en todo el mundo, en distinto tiempo y lugar. Las culturas son inventarios de ítems que forman un todo complejo más allá de los individuos, regidas por sus propias leyes y normas. La cultura es un nuevo nivel de la realidad, por encima de lo natural, inorgánico y orgánico: es super-orgánica. Y como tal, es un fenómeno muy especial, particular, que no puede ser inventado o creado varias veces con éxito; razón por la cual el principal mecanismo de cambio y adquisición de nuevos elementos es a través de su difusión, desde los centros o áreas culturales más desarrolladas a las menos, a más alejadas y/o marginales.

Córdoba no escapa a ello. Su posición mediterránea y las características de sus restos culturales en comparación con otras áreas sudamericanas la convierten en área

intermedia y, a la vez, marginal.

Es zona intermedia entre las poderosas influencias del mundo andino, que ya llegan bastante filtradas, y por ende empobrecidas, desde el Perú vía el Noroeste Argentino, definiendo su marginalidad. De este modo se puede ver cómo a partir de la década del '20 la posición de Córdoba en la clasificación de áreas culturales varía, estando a veces integrada al NOA y otras veces no, de acuerdo a los rasgos que se tengan en consideración. A su vez, tiene sus características propias que la distinguen de las áreas aledañas; así como otras que la acercan a otras áreas vecinas del Chaco y Litoral. En las rutas de difusión de los rasgos culturales que van y vienen de área en área, Córdoba es la conjunción de distintas vías desde el Norte, el Este y el Oeste.

En este esquema, los ejes temáticos pasan a través de los rasgos que caracterizan la cultura y su distribución en el espacio. Se buscan diferencias y similitudes, donde el factor temporal es una variable de poca profundidad. Los resultados son cuadros descriptivos que tienden más bien a homogeneizar a las culturas y a disminuir su variabilidad. De este modo, hay poco interés por los desarrollos históricos particulares y menos aún por problemas antropológicos que escapen a la cultura material. Lo que interesa es la cultura detrás de los rasgos, los objetos materiales, y no los individuos. Frente al silencio de los rasgos culturales en un vacío de teoría en otros aspectos del fenómeno cultural, se recurre a los documentos históricos o a los grupos etnográficos para interpretar el registro arqueológico. Nacen allí obras clásicas de este tiempo como son *Los Comechingones*, de Antonio Serrano (1945) para Córdoba, o *Los Diaguitas*, de Fernando Márquez Miranda en el año 1940, para el NOA.

Aquí creemos que nace una de las grandes construcciones de la arqueología cordobesa: *Comechingones y Sanavirones* ¿Quiénes pudieron haber sido, si no otros que los Comechingones y los Sanavirones -los indios de estos territorios que fueron denominados así por los españoles para describir, clasificar y dominar- los que dejaron los restos arqueológicos en un mundo sin profundidad temporal, con poca posibilidad de cambio local y poca invención? ¿Cómo va a haber muchos desarrollos culturales locales propios en un área de confluencia de distintas corrientes culturales?

En este caso la perspectiva dominante tampoco es ajena al consenso mundial en la disciplina y que, en cierto sentido, reproduce para el pasado prehistórico -a la vez que justifica histórica y científicamente para el presente- los esquemas de dominación del mundo vigentes a partir de la segunda guerra mundial: existirían unos pocos polos de desarrollo, irradiadores de cultura, ideas y tecnología hacia áreas marginales incapaces de generar estos aspectos y desarrollarse por sí mismas.

El resultado de estas investigaciones termina transformándose en una falta de interés por la arqueología -y por ende en el pasado- de Córdoba. Córdoba es marginal, las poblaciones humanas del pasado no presentan problemas interesantes, y habiendo visto un caso se conoce cualquier otro.

Notablemente, y en aparente contraste con ello, en la década del '40 se crea el Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba, un organismo que dio gran impulso a las investigaciones a partir de la década siguiente. Pero justamente

impulsa investigaciones que no se limitan al área local: la investigación desde Córdoba se abre a otras áreas del país, principalmente el Noroeste, siguiendo en esencia la misma lógica: si Córdoba es marginal, entonces hay que investigar un área más central.

Si bien Córdoba sigue siendo marginal, este impulso también responde al surgimiento de una nueva perspectiva en la ciencia universal. A partir de la década del '50 comienza un resurgimiento del evolucionismo, planteado más en términos de ecología cultural que en una preocupación por las secuencias temporales. Existen tipos culturales que muestran distintas clases de adaptaciones a medios ambientes particulares a través del tiempo, con distinto grado de complejidad, desde bandas y tribus, pasando por jefaturas, hasta estados.

En este marco, las investigaciones en Córdoba adquieren un nuevo interés en lo que respecta a los estadios de cazadores-recolectores y su relación con los problemas asociados a los primeros habitantes del continente americano: procesos de poblamiento, vía de entrada, fechas, características culturales y relaciones entre culturas.

La arqueología de Córdoba se integra en una perspectiva más amplia abarcando el estudio de adaptaciones similares durante el Holoceno por parte de grupos de complejidad y tecnología similar, a través de cuyos restos materiales se definen grandes horizontes y tradiciones culturales. Esta perspectiva continental rompe las fronteras políticas actuales y ya no se habla de arqueología de Córdoba, sino de las Sierras Centrales como un todo, abarcando Córdoba y San Luis.

El mejor ejemplo de estas investigaciones es la definición de la cultura de Ayampitín, en la Pampa de Olaen, y la excavación de la cueva de Intihuasi, en San Luis, por parte de Alberto Rex González (González 1952, 1960). La cultura de Ayampitín es la manifestación local del "horizonte de puntas lanceoladas", correspondiente a cazadores-recolectores nómades de mamíferos sudamericanos, básicamente guanacos. Su origen se remontaría al poblamiento del continente sudamericano a partir del Norte, y abarcó una región que iba desde Ecuador al Sur de Argentina, en un momento no inferior a los 8.000 años antes del presente.

En el caso de la excavación en la cueva de Intihuasi, permitió fechar de manera absoluta estas estimaciones, mediante la técnica del Carbono 14, y confirmar y contextualizar con más detalle lo que Ameghino ya había detectado en el siglo pasado.

Esta perspectiva, pese a que no se alejó en algunos aspectos de ciertas ideas dominantes (predominando una visión culturalista y una tendencia a disminuir la variabilidad por la necesidad de síntesis) contribuyó a establecer definitivamente las ideas de profundidad temporal y la de la posibilidad de desarrollos locales y regionales propios, pese a que muchas veces se termina en un énfasis excesivo en las series temporales, los cambios secuenciales y se introducen algunas explicaciones difusionistas. El tema del cambio cultural es dominante en la antropología internacional, y la arqueología se autodeclara como antropología o sino no es nada.

Dentro de estos lineamientos durante la décadas del '60 y '70 se realizan excavaciones sistemáticas en varios yacimientos de la provincia, aplicando técnicas estratigráfi-

cas modernas y fechados absolutos, tal como es el caso, por ejemplo, del yacimiento del Dique Los Molinos (Marcellino et al. 1967).

El cambio y el progreso son acumulativos e imperceptibles, y a su vez son inevitables. La arqueología se convierte nuevamente en un instrumento para demostrar las nuevas verdades de una ciencia social con perfil de ciencia natural. Los tipos culturales son a la cultura como los géneros y las especies a la naturaleza, y la evolución gradual y continua es el principio rector para ambos ámbitos. Los grupos indígenas son entes pasivos sujetos inevitablemente al cambio por invención o, principalmente, por difusión, ya sea entre grupos similares o por aculturación. Si la arqueología demuestra que estos principios estuvieron vigentes en el pasado, la antropología puede también validar medios de aculturación actuales: reformas agrícolas, urbanizaciones, alianzas para el progreso, etc.

En este sentido, los indios de Córdoba, las culturas agroalfareras, siguen siendo un ejemplo de marginalidad y posición intermedia sujeta a influencias y a cambios por sus vecinos. Influencias que a veces los hacen pertenecer al NOA y a veces a las Sierras Centrales, tal como vimos que sucedió con anterioridad.

Esta perspectiva evolucionista y tipológica sentó las bases para una nueva arqueología que se caracterizó a sí misma como "explícitamente científica" o procesual: el fin de la arqueología era buscar leyes del comportamiento humano para poder predecir y explicar procesos culturales. El modelo de esta ciencia es la ciencia natural, con un enfoque ecológico-adaptacionista y basado en la Teoría General de Sistemas. La cultura es un sistema integrado con subsistemas que funciona como el medio de adaptación extrasomático del hombre a su medio externo. Y para entender cómo funciona cada sistema cultural debemos entenderlo en su medio propio, en su propio ecosistema, del cual forma parte. Debemos entender su proceso cultural.

En esta perspectiva ecológica, la arqueología adquiere una dimensión regional: cada sistema cultural debe ser entendido en su propio entorno, y por ello se comienza a hacer arqueología regional. Y si bien cada sistema puede ser particular, existen principios y leyes inter-culturales, válidas para distintos tiempos y lugares. Uno de los objetivos es explicar justamente la alta variabilidad que muestra el hombre en todo el globo, y la arqueología es la única herramienta que tenemos para entender esa variabilidad en el espectro total de 2 millones de años de evolución humana.

Todo ello se hace desde un fuerte marco positivista, con exigencias de contrastación empírica, tomando como modelo nuevamente a las ciencias naturales. El eje de esta perspectiva pasa por la relación entre el sistema ambiental y el sistema cultural con la tecnología como intermediaria.

Desde esta perspectiva, la arqueología de Córdoba es un caso dentro de problemáticas más amplias: estrategias adaptativas a distintos ambientes (por ejemplo, sierras y bosque chaqueño), relación con el medio, uso del espacio, aprovechamiento de recursos, procesos de cambio, interacción entre sistemas, conducta humana pasada. Los resultados obtenidos pueden ser comparados con otras regiones, los cuales pueden ayudar a validarlos.

El caso de la investigación en el Valle de Copacabana en el Norte de Córdoba (Laguens y Bonnin 1987; Cattáneo et al. 1994), se enmarcó inicialmente desde esta perspectiva. Se obtuvo un panorama del proceso cultural local en tiempos del contacto hispano indígena, tratando de entender la situación indígena previa, y viendo los cambios introducidos y cómo éstos afectan la adaptación del sistema cultural al medio social y natural.

Pero hay una limitación: no podemos hablar de lo que no vemos. Y vemos sólo lo que deja registro material: la economía, el sistema de asentamiento, la tecnología e inferimos las conductas involucradas detrás de los objetos y sus relaciones.

Si antes a través de la arqueología buscábamos el pasado, la cultura, ahora en realidad detrás del artefacto se busca al sistema: el fin es entender el funcionamiento y la trayectorias de los sistemas de cultura/ambiente, donde la tecnología es la variable interpuesta entre ambos. El individuo sigue sin su individualidad: no hay gente en particular, no hay géneros, no hay seres pensantes. Hay sistemas, energía, información, flujos y retroalimentación, impulsados por leyes naturales. Los sistemas son un todo interrelacionado, donde el cambio en una de las partes afecta inevitablemente al todo.

Al igual que las demás posiciones anteriores, la arqueología procesual no duda de la existencia de un pasado, objetivo, externo, que es posible conocer. En la medida que nuestras herramientas sean más precisas y sofisticadas, mayores serán las posibilidades de explicación de ese pasado, y reconstruir los sistemas vigentes.

Pero, ¿si en realidad somos nosotros los que estamos construyendo un pasado al cual cargamos de nuestros propios significados? ¿La arqueología no podría ser un muestrario a través del tiempo de la proyección de nuestras propias categorías sociales para modelizar el pasado? Y a su vez, categorías que a través de la arqueología legitimarían prácticas sociales actuales (modelos de centro-periferia, modelos hegemónicos, modelos de adaptación del más apto, el origen de las diferencias de clase, de la acumulación de riquezas, y modelos sobre el hombre: el hombre como depredador, el hombre guerrero, conquistador, la humanidad en una espiral de progreso técnico, etc.).

Esto llevó a una autorreflexión disciplinaria. La arqueología se planteó que era necesario analizar entonces desde dónde se estaba describiendo el pasado. No existiría un pasado, sino tantos pasados como construimos los arqueólogos. Es necesario la realización de estudios que traten de entender los propios contextos situacionales de los casos de estudio y el proceso histórico particular que llevó a los mismos.

El registro arqueológico resulta ahora ambiguo, no es fijo, y está cargado de significados, pasados y actuales, y son nuestras interpretaciones las que progresivamente pueden ir logrando un entendimiento de ciertos pasados.

En esta perspectiva la arqueología de Córdoba puede adquirir otra dimensión. Por un lado puede servir para interpretarnos a nosotros mismos: ¿por qué marginales? ¿por qué Comechingones/Sanavirones? ¿Tenemos que tener "nuestros" indios para distinguimos de otras provincias? ¿Debemos revalorizar los desarrollos regionales y

ver que hay procesos evolutivos locales, "hecho en Córdoba"? Y, a su vez, ¿estos procesos locales tienen que estar a nivel nacional o internacional? ¿No estaremos "usando" el pasado para afirmar nuestra identidad? ¿Nos interesan realmente los indios? ¿Queremos demostrar que los indios de Córdoba eran tan humanos como otros indios o como nosotros?

Por otro lado, aclarados algunos pre-conceptos, nos permite plantear nuevas perspectivas de carácter más social. Podremos analizar procesos de estructuración y de reproducción social, analizar los juegos del poder en las relaciones interindividuales, el rol del individuo como un ser activo y conocedor que toma decisiones con conocimientos de sus circunstancias y su cultura.

Así, en este momento, se están comenzando a plantear preguntas como éstas: en el caso del contacto hispano-indígena ¿cuál fue la resistencia de los indios a la conquista? ¿De qué forma se manifestó o se practicó esta resistencia? ¿Cuál es el papel de cada género en este proceso? ¿Cómo afecta la ideología cristiana a las estrategias de vida indígena? ¿Cómo se reinterpretan? En el caso de los cazadores recolectores: ¿qué significado adquieren las representaciones de arte rupestre en su propio contexto social? ¿La narrativa de estos contextos es la misma que la de contextos agroalfareros posteriores? ¿Cuál fue la percepción del ambiente y cómo fue cambiando en el tiempo? ¿Por qué?

En síntesis, podemos ver que la arqueología de Córdoba, desde sus inicios en el siglo pasado hasta la actualidad, ha ido acumulando una serie de conocimientos que permiten armar un panorama de un proceso histórico local, pero que dicho panorama está sujeto a permanente reinterpretación de acuerdo al propio contexto observacional, histórico y social.

BIBLIOGRAFIA

Ameghino, Florentino

1885 Informe sobre el Museo Antropológico y Paleontológico de la Universidad Nacional de Córdoba durante el año 1885, *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, VIII, p. 347-360, Bs.As.

1889 Contribución al conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina, *Actas de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, VI, Bs.As.

1918 La antigüedad del hombre en el Plata, Edit. La Cultura Argentina, 2 vol. Bs.As.

Castellanos, Alfredo

1922 La presencia del hombre fósil en el pampeano medio del Valle de los Reartes (Sierras de Córdoba) *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, XXV, p. 369-382, Bs.As.

1933 El hombre prehistórico de la provincia de Córdoba (Argentina), *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, VII, p. 5-88, Montevideo.

Andrés Laguens y Mirta Bonnin

1943 Antigüedad geológica del yacimiento de los restos humanos de la "Gruta de Candonga" (Córdoba), *Publicaciones del Instituto de Fisiografía y Geología*, XIV, Rosario, Argentina.

Cattáneo, Roxana; Mirta Bonnin y Andrés Laguens

1994 Adaptaciones humanas durante el Holoceno a ambientes de bosque chaqueño en Argentina, *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, t. XIII, ¼, San Rafael, Mendoza.

González, Alberto Rex

1952 Antiguo horizonte precerámico en las Sierras centrales de la Argentina, *Runa* V, parte 1-2, pp. 110-133, Bs.As.

1960 La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (Prov. de San Luis, R.A.) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica, *Revista del Instituto de Antropología*, t. 1, pp. 5-302, Córdoba.

Laguens, Andrés y Mirta Bonnin

1987 Programa Chuña, *Publicaciones del Instituto de Antropología*, t. XLV, Córdoba.

Marcellino, Alberto J.; Eduardo E. Berberían y José A. Pérez

1967 El yacimiento arqueológico de Los Molinos (Dpto. Calamuchita, Córdoba), *Publicación XXVI*, Instituto de Antropología, Córdoba.

Montes, Aníbal

1954 El pampeano lacustre en relación con nuestra prehistoria, *Comunicaciones del Museo de Mineralogía y Geología*, No. 22, Córdoba.

1955 El Holoceno en relación con nuestra prehistoria, *Comunicaciones del Museo de Mineralogía y Geología*, No. 25, Córdoba.

1957 Cronología de nuestra prehistoria, *Comunicaciones del Museo de Mineralogía y Geología*, No. 30, Córdoba.

Serrano, Antonio

1945 *Los Comechingones*, Serie Aborígenes Argentinos, Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.